ENCUENTRO LATINO AMERICANO DE ESTUDIANTES DE GEOGRAFÍA*

*Intervención de Beatriz Stolowicz***

En este mundo, que para las mayorías es ancho y ajeno, parafraseando a Ciro Alegría, todo se nos presenta banalizado. Como en un spot televisivo. Lo trivial desplaza a la información, las frases hechas al pensamiento. Ni siquiera la academia logra liberarse de la enfermedad de la simplificación: cuenta más la brevedad que la profundidad.

Y aunque duela admitirlo, el llamado pensamiento crítico no está libre de estos males. Cuando se hace referencia al pensamiento crítico se da por supuesto que expresa rechazo al orden actual y búsqueda de alternativas. Pero eso alude a las posturas éticas y políticas de los intelectuales, y no necesariamente a la naturaleza crítica del pensamiento. Lo crítico del pensamiento está, esencialmente, en su función cognoscitiva, en que ofrezca un conocimiento preciso de la realidad, que devele los encubrimientos que sobre ella hace la clase dominante para que no cambie. Por lo demás, las posturas éticas y los posicionamientos políticos de los intelectuales no los inmunizan de la influencia ideológica de los sectores dominantes, particularmente en el campo de la teoría. También en el campo del llamado pensamiento crítico hay palabras e ideas que se repiten, que parecen obvias y que no requerirían explicación. Como las palabras "neoliberalismo" y "alternativas".

---

* Bogotá, 22 al 27 de agosto de 2005. Universidad Pedagógica Nacional.

** Profesora-Investigadora del Departamento de Política y Cultura, Área Problemas de América Latina, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México.

La frase "alternativas al neoliberalismo" moviliza corazones y compromete acciones de cada vez más gente en América Latina. Se quiere transformar esa ominosa realidad de pobreza, desempleo, exclusión, saqueo de nuestras riquezas naturales y culturales. Estos son los efectos visibles de lo que se llama neoliberalismo. Pero hay que decir que después de casi tres décadas de padecerlo, todavía no hay suficiente claridad sobre lo que es el neoliberalismo, qué lo reproduce. Y por eso todavía hay dificultad para definir con claridad las alternativas. No basta con desearlas para que sean realmente alternativas. Prueba de ello es que empieza a haber una mezcla de optimismo y pesimismo en nuestra región, hay entusiasmo por los enormes avances en las luchas y resistencias, pero también empieza a dudarse de que baste con que la izquierda gane elecciones para que las alternativas avancen. Y eso que para que las fuerzas que se oponen al neoliberalismo ganen elecciones, hay que realizar verdaderas hazañas, enfrentar y superar violentas *guerras sucias* de los grupos dominantes. Si se ganan, cualquier intento de cambio tiene que enfrentar dificultades inmensas, con economías destruidas, países saqueados y endeudados, con sociedades destrozadas. En algunos casos los desencantos se originan en la impaciencia ante la complejidad de esos procesos de cambio, que por necesidad tienen que ser paso a paso por las dificultades que se enfrentan, aunque las urgencias nos desesperen. Pero en otros casos, el desencanto viene de la duda de que los pasos que se dan permitan dar los siguientes pasos necesarios, o que incluso se estén dando pasos que nos aparten del camino del cambio verdadero.

Y si se fijan, lo primero que se hace es hablar de traiciones, que no siempre las hay como acto deliberado, y muy pocas veces nos preguntamos si tenemos claro qué son alternativas y qué no, lo que presupone obviamente tener claro qué es lo que hay que cambiar.

Pues bien, esta falta de claridad entre los que honestamente rechazan el orden actual es lo que ha permitido que la discusión sobre alternativas sea un campo de disputa ideológica en el que interviene la derecha, con el objetivo de impedir de que lo que se piense como alternativas realmente lo sean, para neutralizarlas, e impedir que se afecten los intereses y objetivos de los beneficiarios del orden actual. Hoy día, cuando los rechazos a los

efectos del neoliberalismo se extienden, y cuando crece el desprestigio de la derecha al punto de que pierda elecciones, ésta aún conserva una enorme capacidad para influir ideológicamente.

Cuando hablo de derecha me refiero a la expresión política e ideológica de los beneficiarios del orden actual. No es la definición reduccionista de una geometría relacional entre los partidos de un sistema político; sino que por derecha defino la concepción y prácticas que promueven la desigualdad, y que la justifican como el motor del desenvolvimiento social. Quienes favorecen la reproducción del capitalismo realmente existente son de derecha más allá de sus declaraciones.

Pues bien, para neutralizar la discusión y búsquedas de alternativas, la derecha se mimetiza como anti-neoliberal expropiándole el lenguaje crítico a la izquierda, y se propone conducir lo que se entienda por "superar al neoliberalismo". Y ofrece la propuesta "viable" para "ir más allá del Consenso de Washington", desde luego sin tocar al capitalismo, su capitalismo. Es decir, busca hacer de ese falso anti-neoliberalismo un nuevo "pensamiento único". Así como impuso el *consenso neoliberal,* ahora busca imponer lo que ha denominado el *Consenso postliberal.* Y está teniendo éxito, está haciendo mella. Se vale del hecho de que, para muchos anti-neoliberales sinceros, basta con que alguien hable contra el neoliberalismo para que se le considere un aliado.

Esta es una estrategia que comenzó a mediados de los noventa, está en marcha hace casi una década. Desde entonces los sectores más lúcidos de la derecha latinoamericana, junto a sus pares europeos y estadunidenses, discutían que, conforme crecían el rechazo al neoliberalismo y el descrédito de la democracia, se estaba perdiendo eficacia para mantener a raya a los pueblos, para impedir que sus demandas se articularan y se expresaran. Estaba entrando en crisis la democracia como instrumento político para generar control social, obediencia, gobernabilidad. He aquí otra palabra que se usa todo el tiempo sin saber exactamente lo que significa conceptual y políticamente. Gobernabilidad es la traducción del inglés de *governability,* que alude a

la obediencia de los gobernados. Pero también se usa gobernabilidad como traducción de la palabra inglesa *governance*, que alude al grado y eficacia de la acción de gobierno, que es otra cosa muy distinta, aunque pueda estar relacionada. Que los gobernados obedezcan no depende solamente de que haya eficacia en la gestión de gobierno y de que tenga legitimidad. Puede haber obediencia mediante represión, o ejerciendo otras formas de control social que eviten que los gobernados se aparten de las normas establecidas por los gobernantes. Pero *governabilty y governance* se traducen en América Latina como gobernabilidad no porque falten diccionarios. Aun cuando gobernabilidad significa dominación efectiva, los ideólogos de la derecha han impuesto como *sentido común* que gobernabilidad es algo virtuoso. Aunque esta dominación capitalista sea excluyente, brutal para las mayorías.

En América Latina, la estabilidad de la dominación, es decir, la gobernabilidad, se impuso con la contrarrevolución capitalista desde mediados de los setenta, con dictaduras militares en la mayoría de los países y autoritarismos civiles en el resto. A mediados de los ochenta, las resistencias y luchas por libertades democráticas pusieron en riesgo la estabilidad de la dominación, y los sectores dominantes se propusieron reestablecerla y legitimarla mediante regímenes representativos. Pero la recuperación o ampliación de libertades individuales y políticas no debían poner en riesgo los intereses y objetivos capitalistas. La sociedad debía ser gobernable, obediente.

De entrada se chantajeó con la amenaza de la vuelta de los militares si se producía inestabilidad política. Y al mismo tiempo se profundizó la debilidad de la fuerza social y política de los trabajadores frente al capital, mediante profundas transformaciones en nuestras sociedades, con cambios en las relaciones económicas, sociales, con cambios ideológicos, culturales, de signo conservador. Se trataba de que la sociedad no fuera demandante, pero si eso no podía evitarse por el creciente empobrecimiento, el modelo político debía asegurar que esas demandas no se expresaran a través del sistema representativo, que no llegaran a convertirse en políticas estatales contrarias al interés capitalista.

En este modelo conservador de democracia liberal, en el que la democracia misma es gobernable, es domesticada, la política no puede interferir con el mercado, es decir, con el capital. Las decisiones económicas sólo le competen al mercado. Entonces, ¿cuál es la función de los partidos si no pueden tomar decisiones sobre lo fundamental en la vida de la gente? Hay un cambio de función de los partidos. Ya no deben representar intereses de clase, desde luego sólo los contrarios al interés capitalista. Los intereses dominantes quedan garantizados con la autonomía del mercado respecto a las decisiones democráticas. Los partidos sólo deben ser vehículos, mecanismos, para elegir a las elites que gobernarán y que decidirán a nombre de la sociedad, de acuerdo a lo que el mercado determine. Para convencer de que la política no tiene nada que hacer con lo económico, se convence de que es a causa de la "globalización". Se impuso la idea de que la globalización es una especie de fuerza metafísica, que se impone sobre todos no se sabe cómo, frente a la cual no hay nada que hacer. Cuando, en realidad, la globalización es justamente el cambio de relaciones de poder que permite la acción, sin trabas, del gran capital, que es transnacional. Precisamente es la neutralización de la política sobre la economía la que refuerza la impunidad del capital, la que favorece la globalización. Pero ¿cómo evitar que las demandas populares se expresaran en países con tantas necesidades insatisfechas? Si fallan los mecanismos de control social para domesticar a la sociedad, si igual la gente se organiza y demanda, los partidos deben impermeabilizar al sistema político frente a tales demandas. Toda movilización o reclamo sería acusado de desestabilizador de la democracia, una amenaza para la gobernabilidad, esa meta tan "virtuosa". Los partidos que no aceptaran esas reglas del juego serían excluidos del sistema. Recordemos, tan sólo como un ejemplo, la expulsión de Evo Morales del Congreso boliviano, en enero de 2002, por dirigir la lucha del movimiento cocalero siendo diputado.

Que se logró gobernabilidad durante varios años se comprueba porque fue bajo regímenes representativos que se impusieron los *shocks* neoliberales. Pero cada éxito capitalista agudizó las contradicciones, y a mediados de los noventa la derecha reconoció que había crisis de

gobernabilidad. El levantamiento zapatista en enero de 1994 fue una señal de alerta, y más en 1996 cuando fueron los primeros en convocar a una internacional de pueblos contra el neoliberalismo. La palabra neoliberalismo se convirtió en una mala palabra. Además vino la crisis financiera asiática de 1997. La gente empezó a dejar de creer en la democracia, que no le servía para resolver sus problemas; creció el abstencionismo, el rechazo a los partidos y los políticos. Que ya no podían convencer ni ejercer control político. El interés por las elecciones se reanimaba sólo cuando ciertas fuerzas y partidos eran vistos como una opción cierta de cambiar algo desde el gobierno. La izquierda empezó a crecer electoralmente, ganó primero gobiernos municipales y luego nacionales, el primero fue en Venezuela en 1998. La ingobernabilidad de las sociedades llegó a expresarse en estallidos sociales y hasta en caídas de presidentes. Para la derecha era urgente retomar el control.

Fue entonces cuando sus sectores más lúcidos, tanto políticos como intelectuales, se plantearon un cambio de estrategia. Ya no se podía frenar el torrente de oposición al neoliberalismo. Entonces buscaron desligarse del estigma neoliberal, reciclarse discursivamente, para poder incidir sobre las discusiones sobre alternativas con el fin de desviarlas, neutralizarlas. Si no se podía evitar que la izquierda ganara elecciones, había que inducirla a ejecutar políticas que no afectaran los privilegios capitalistas. Había que convencer que las alternativas no pueden ser antítesis del capitalismo, sino solamente una "tercera vía".

La consigna de los autodenominados posliberales fue, y es, "ir más allá del Consenso de Washington". Su argumento es el siguiente: dicen que el mercado demostró que no puede resolver por sí mismo la pobreza, que el neoliberalismo ha fracasado. Hay que superar el fundamentalismo de mercado y el Estado debe jugar un papel más importante. Debe promover acciones contra la pobreza, tiene que promover mayores oportunidades y equidad. Pero además, para que haya más empleo, el Estado tiene que favorecer que haya más inversión. El capital no invierte porque no encuentra garantías jurídicas e institucionales, hay corrupción en los gobiernos y en el aparato jurdicial, que aumentan los costos de

transacción; hay leyes que ponen obstáculos a la inversión; hay inseguridad, que afecta las inversiones. Es tarea del gobierno promover reformas en todos estos aspectos. A estas reformas los posliberales las llaman "reformas de segunda generación". Las de primera generación son las del llamado "Consenso de Washington". Dicen que no es que estas reformas de primera generación sean malas, al contrario, pero que se hicieron mal, y por eso hay que ir "más allá", ejecutarlas correctamente y para eso se necesitan las nuevas reformas de las instituciones. Es el llamado "neoinstitucionalismo", que desde 1997 promueven e imponen el Banco Mundial – bajo la conducción de su vicepresidente Joseph Stiglitz – y el Banco Interamericano de Desarrollo – bajo la conducción de Enrique Iglesias. Las mismas instituciones financieras internacionales que impusieron las políticas del llamado "Consenso de Washington", ahora dicen que hay que ir más allá de él. Y para deslindarse acusan al Fondo Monetario Internacional de haber sido el responsable de la mala aplicación de las reformas de "primera generación", de los malos manejos tecnocráticos, de imponer políticas únicas para realidades diferentes, de insensibilidad política.

Para ir "más allá del neoliberalismo" hay que desarrollar nuevas políticas públicas, dicen. Todos hablan de políticas públicas. Hasta se crean nuevas carreras universitarias y posgrados sobre políticas públicas. Todos hablan de transparencia gubernamental, de la reforma al poder judicial, de políticas de seguridad para promover inversión y empleo; de las reformas educativas y de políticas alimentarias para crear oportunidades. Y que con eso se acaba el neoliberalismo. Bueno, no tengo que decir que casi una década después de convencer a políticos, profesionales, académicos y periodistas de que allí estaba la solución, el neoliberalismo no se acabó, todo lo contrario.

¿Por qué los neoliberales reciclados logran influir con ese discurso incluso sobre el pensamiento crítico? Entre otras razones, porque explotan falacias que el pensamiento crítico también acepta. Son falsificaciones de lo que es el neoliberalismo, de modo que si las alternativas se piensan contra algo que no es, serán inocuas. Por ejemplo:

1) Basta con que alguien diga que el neoliberalismo ha fracasado para que se crea ver un compañero o un aliado. Es común decir que el neoliberalismo ha fracasado porque no ha resuelto la pobreza ni la estabilidad económica. Pero hablar de fracaso significa que se da por cierta la retórica de los neoliberales, y que se acepta que sus objetivos eran ésos que proclamaban, que desde luego nunca lo fueron. No se propusieron resolver la pobreza sino transformar radicalmente la relación de fuerzas entre capital y trabajo a favor del capital, para recuperar y elevar la tasa de ganancia, concentrar el ingreso, aumentar la tasa de explotación, liquidar las conquistas de los trabajadores, intensificar el saqueo de nuestras riquezas naturales; y eso lo lograron con mucho éxito. El neoliberalismo no fracasó, ha sido trágicamente exitoso.

2) Los posliberales dicen que hay que salir del "fundamentalismo de mercado" y con ello se presentan como anti-neoliberales. Pero el neoliberalismo no es "fundamentalismo de mercado". El llamado fundamentalismo de mercado es una formulación doctrinaria del liberalismo económico, que dice que el Estado no tiene ninguna función que cumplir más que la de defensa militar. Pero es tan sólo una formulación doctrinaria para combatir ideológicamente al socialismo y al Estado de Bienestar, que nada tiene que ver con las prácticas económicas liberales. Tanto en la anterior fase liberal del capitalismo central, de1850 a 1873, como en la actual, el Estado cumple un papel fundamental en la expansión y acumulación capitalistas interviniendo intensamente en su favor: reprimiendo y disciplinando a la fuerza de trabajo; modificando la legislación; conquistando mercados; con políticas fiscales, monetarias y arancelarias *ad hoc;* transfiriendo recursos al gran capital; socializando sus deudas y privatizando las ganancias. En realidad, las diatribas contra el Estado se dirigen exclusivamente contra sus funciones sociales, las que contemplen intereses distintos a los del capital, que limiten su uso patrimonial por la clase dominante. El neoliberalismo no es "Estado mínimo", es *mucho* Estado al servicio del capital. Si me dicen que combatir al neoliberalismo es más Estado, lo primero que hay que preguntar es: Estado para qué, representando y beneficiando a qué sectores sociales.

3) También es común decir que neoliberalismo es sinónimo de Consenso de Washington. Escrito con mayúscula, como si se tratara de un documento emitido en alguna reunión. Nunca lo hubo, es una afirmación de John Williamson, en 1989, para señalar que existía un consenso sobre las 10 políticas económicas necesarias para reestructurar el capitalismo latinoamericano: liberalización comercial, financiera, privatizaciones, etcétera. Ese era y sigue siendo un consenso real y efectivo en los centros de poder capitalista y sus socios latinoamericanos, pero es un consenso con minúscula. Se ha construido un fetiche del que todos hablan y no saben de dónde salió. Que sirve para dos falsificaciones: por un lado, el neoliberalismo no es sólo un decálogo de políticas económicas; es el ejercicio de poder más radical y abarcativo para transformar todas las relaciones sociales poniéndolas al servicio del gran capital. Esas políticas se impusieron porque ya se había debilitado al trabajo; y al aplicarse lo debilitaron aún más. No puede afectarse al neoliberalismo sólo cambiando alguna política económica o atenuando otra, y además ninguna podría modificarse si no se transforman las relaciones de poder, y esto nos coloca en un escenario distinto para pensar el problema de las alternativas. Por otro lado, al personalizar al neoliberalismo sólo en un responsable: "Washington", es decir, las instituciones financieras internacionales y el gobierno de Estados Unidos, se exime de responsabilidades a los capitalistas concretos, sean las corporaciones transnacionales o los capitalistas latinoamericanos y sus gobiernos; así, los enemigos están "afuera", los empresarios latinoamericanos son todos víctimas, sean los grandes, transnacionalizados, como también los medianos, que han sido satélites y cómplices del gran capital, que se beneficiaron con la sobreexplotación, con exenciones impositivas, etc.

4) Y de ahí se deriva otra falacia: se dice que hay que dar confianza a los empresarios para que inviertan y se genere empleo. ¿Cuáles empresarios? Porque el gran capital, que es transnacional, es especulativo, está en la Bolsa, no crea empleo. Y es también rentista, invierte en servicios, que producen muy poco empleo; no aporta infraestructura, usa la que financió la sociedad en las empresas públicas;

no trae capital fresco porque son inversiones sobre préstamos externos. Y cuando son actividades extractivas o agrícolas son típicamente neocoloniales, que se apropian de los recursos energéticos y naturales, como petróleo, gas, agua, biodiversidad. En la agricultura producen con semillas genéticamente modificadas, que no se reproducen, que solamente son vendidas por las transnacionales, y que ocasionan enormes daños ambientales. Sin embargo, sigue predominando la idea de que inversión privada y capital externo es igual a "empleo" y "progreso", y se sigue admitiendo que el interés empresarial es equivalente al "interés general", que a todos nos beneficia, que hay que hacer todo para tenerlo contento. Que los mercados, los "señores mercados", no se pongan nerviosos, que no se enojen, que no se vayan.

Hay muchas otras falacias aceptadas como "la verdad", con las que los falsos anti-neoliberales fundamentan su falsa alternativa. Mencionaré una más, que nos atañe directamente: el tema de la igualdad de oportunidades y del llamado capital humano. Se dice que dando a los más pobres apoyos en educación, alimentación, salud y vivienda, se les darán oportunidades iguales a los demás, para que puedan salir adelante por sí mismos; y se acabará la pobreza, será el reino de la equidad, el fin de los efectos no deseados del neoliberalismo. Un montón de mentiras, todas juntas. Vamos por partes. Primero, que estas son las mismas políticas focalizadas promovidas precisamente por el llamado Consenso de Washington en 1990-1991 y que reprodujeron la pobreza. Segundo, que la concepción de equidad que informa todo este asunto de las oportunidades, es la idea liberal expuesta destacadamente por John Rawls, desde 1971, para combatir al Estado de Bienestar y los derechos colectivos; y que se basa en una gran mentira: presupone que se trata de sociedades de "libres e iguales", que en ellas sólo algunos tienen dificultades para disfrutar plenamente de la libertad y la igualdad, y que sólo a ésos hay que ayudar focalizadamente. ¿Una sociedad de "libres e iguales" en América Latina? ¡Qué burla! Los neoliberales reciclados dicen, para convencer de su metamorfosis, que esto no es un "gasto" sino una "inversión" en *capital humano*. Y todos felices porque estos señores ya se dieron cuenta de que no es gasto, que es inversión social.

Pero, ¿qué es el capital humano? Suena también bonito, como si se dijera que la riqueza de una sociedad está en su gente. Pero no quiere decir eso. El principal teórico del capital humano es Gary Becker, un neoliberal de pura cepa, que ha sido presidente de la Sociedad Mont Pelerin, el conciliábulo ideológico neoliberal que fundó con Friedman, Hayek, Von Misses y otros, en 1947.

Capital humano, para los neoliberales, es un conjunto de capacidades o habilidades que se acumulan en ese factor productivo llamado trabajador. Habilidades que serán útiles sólo si el mercado está interesado en usarlas. El costo de esas habilidades, que llaman "costo de oportunidad", se valora en función de la "aplicabilidad económica" que posean las habilidades, es decir, su "empleabilidad", esto es, que el mercado quiera emplearlas. Si no está interesado en usarlas, ese costo de oportunidad es un desperdicio. Le toca al Estado financiar esas habilidades, y tiene que ayudar a que el capital quiera emplearlas, si no, es un desperdicio. El Estado tiene que darle seguridad y facilidades al capital para que invierta y consuma esas habilidades de los pobres; y para ello tiene que garantizarle que no aumenten sus costos, ofreciéndole legislaciones laborales que no le exijan derechos, prestaciones, ni salarios dignos; tiene que darle garantías de que sus inversiones no serán afectadas con impuestos, con demandas judiciales, con riesgos de expropiación, con decisiones políticas que las interfieran, etc. La educación, un eje del capital humano, sólo se justifica si genera las habilidades que el capital requiere. Muy pocas: leer, escribir y aritmética.Hay una abrumadora retórica sobre la educación, pero en la lógica del capital humano la tarea educativa se justifica solamente en esos términos de costo-beneficio. Es inversión, sí, pero para beneficio privado, cuyos costos son abaratados con el financiamiento público.

Para los neoliberales, tanto los confesos como los reciclados, la pobreza se define desde la lógica del capital humano. Sólo es pobre quien no cuente con las habilidades que le permitan el privilegio de ser explotado, es decir, empleado por el mercado. Todo lo demás requerido para el bienestar no cuenta en la medición de la pobreza. Así que producir equidad

es ofrecer la oportunidad de adquirir ésas, y sólo esas, habilidades. El Estado financia a las empresas privadas que provean esas habilidades, dándoles a los pobres vales, vouchers o becas-crédito para que consuman la educación privada de malísima calidad; para que se atiendan con médicos y centros de salud privados; para que compren vivienda a inmobiliarias privadas, para que compren alimentos en los grandes supermercados, para que compren seguros con las financieras privadas. Son montos mínimos individualmente, pero como los pobres son muchos, las transferencias de recursos públicos a las grandes empresas privadas son enormes. Ahí tienen la ecuación: más Estado con gasto social que es transferido a los privados, sin que los pobres dejen de serlo. Claro, las necesidades son tan grandes, que los pobres pelean entre sí para acceder a estos apoyos focalizados, lo que permite a los gobiernos construir nuevas clientelas políticas.

Estas reformas de segunda generación, supuestamente "superadoras del Consenso de Washington", tienen casi una década de aplicarse. Son políticas estatales grotescamente proactivas en términos neoliberales, a favor del gran capital. La mayor intervención del Estado se ha concretado en nuevas legislaciones laborales que legalizan la flexibilización laboral; el poder judicial interviene en el conflicto político para neutralizar opositores, lo que se llama "judiciarización de la política", como fue el obsceno desafuero de López Obrador, en México, para impedir que fuera candidato presidencial. El poder judicial interviene para criminalizar la protesta. Las reformas legislativas son también para aprobar nuevas concesiones, para privatizar lo que aún no se ha hecho, para leyes de biodiversidad que legalizan el saqueo transnacional. El Estado, muy activo, firma acuerdos internacionales que legalizan la intervención militar de Estados Unidos en nuestros países, que legalizan los "megaproyectos" neocoloniales de las transnacionales. Son acuerdos que, una vez convertidos en derecho público internacional se hacen obligatorios para cada país, es la legalización estatal del neocolonialismo. Y qué decir de las políticas de "transparencia". Desde luego que hay una corrupción escandalosa. Pero sabrán ustedes que Transparencia Internacional es una institución vinculada al Banco Mundial. Lo que promueve es la creación de órganos privados integrados por cortesanos

leales al gran capital, que en nombre de una sociedad civil vigilante, en realidad intervienen en licitaciones a favor del capital, en la evaluación privada de la educación, etcétera, al servicio de los mismos privilegios. En sentido estricto, corrupción es el uso de recursos públicos para fines privados. Y en esto se basa el neoliberalismo, en el uso patrimonialista del Estado por parte de la clase dominante. Las cínicas políticas de los adalides de la transparencia jamás tocan a los de arriba, sean gobernantes o grandes empresarios. Podríamos seguir hablando de estas reformas de segunda generación, pero no hay tiempo.

El hecho es que este consenso posliberal, promovido por la derecha, es presentado como el programa "anti-neoliberal", como el nuevo programa "progresista". Su arma principal es el discurso, la retórica. Hace mención a problemas que por su nombre todos pueden compartir como problemas a resolver: pobreza, corrupción, ineficiencia, etcétera. Pero es un discurso basado en falacias, en encubrimientos teóricos, en el desplazamiento de los contenidos de los conceptos, ocultando los verdaderos contenidos que les asignan. El hecho es que la derecha ha tenido éxito en imponer la mentada "agenda de debate", define los límites de qué se discute y qué no, qué es posible, y qué es deseable. Está logrando convencer de que es posible atacar al neoliberalismo sin tocar un ápice al capitalismo, sin afectar los privilegios del capital. Y tengamos claro que el neoliberalismo es el capitalismo realmente existente, que si no se tocan los fundamentos que lo reproducen, no se sale del neoliberalismo. Explotando las debilidades teóricas y analíticas de sus opositores, la derecha más lúcida ha logrado presentar su propio programa conservador mimetizado como el único programa "progresista" posible. Si ya no puede impedir que la izquierda gane elecciones, trata que sea la izquierda quien ponga en práctica ese programa.

Como ven, no basta con desear alternativas para que ellas realmente lo sean. ¿Cómo hacer para saber si lo son? ¿Cómo hacer para distinguir discurso de realidad? ¿Cómo distinguir cuándo las mismas palabras están significando algo distinto? ¿Cómo saber si todo lo que están proponiendo o haciendo los gobiernos de izquierda son

pasos en una dirección distinta o son la ejecución de lo mismo, aunque sea con mayor honestidad y eficiencia?

Bueno, este ejercicio que compartí con ustedes, algo prolongado y por lo que les pido disculpas, es un intento de mostrar que para responderse esto se necesita algo más que buenas intenciones. Con lo difícil que es organizar voluntades, conjuntar rechazos, movilizarlos por un proyecto de cambio -esto que es fundamental pues, si no, no hay cambio- no es suficiente. Se necesita también mucho conocimiento histórico, una sólida formación teórica, y se necesita mucha investigación. Los universitarios tenemos diversas responsabilidades sociales pero, sin duda, no podemos eludir ésta, de naturaleza cognoscitiva, en la división del trabajo social. No estoy transmitiendo pesimismo por las carencias que he comentado y otras más. Los pueblos seguirán luchando y avanzando, porque en eso les va la vida. Pero debemos ahorrar tiempos para el cambio, evitar dilapidar fuerzas, y evitar frustraciones y decepciones. Es el desafío que tenemos, que vale la pena. Muchas gracias.